

# Notas sobre una ciudad caótica (Del amor y el desencanto de Efraín Huerta, al pesimismo y la ironía de Jorge Ibargüengoitia)

NORMAN NORMAN ALBUQUERQUE  
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA  
norman.alburquerque@gmail.com

## *Abstract*

El objetivo del artículo es mostrar la visión de la Ciudad de México, que nos ofrecen Efraín Huerta y Jorge Ibargüengoitia. En sus construcciones literarias, nos presentan las monstruosidades de una ciudad que crece a pasos acelerados y consume gran parte de los espacios. Ambos escritores son los peatones que atestiguan la destrucción de la ciudad. Su mirada, no es la que proviene del círculo del poder, es la del habitante común. A través de sus escritos nos dejan ver la importancia que tiene la ciudad como ambiente, entorno y personaje en su reflexión sobre lo cotidiano.

**Palabras clave:** Generación de Medio Siglo, Ciudad de México, Efraín Huerta, Jorge Ibargüengoitia, Ciudad Caótica.

## A manera de introducción

### ¿Por qué estos escritores y no otros?

En la poesía de Efraín Huerta y la narrativa de Jorge Ibargüengoitia encontramos una visión similar de la Ciudad de México, en ella descubren un espacio donde expresar sus inquietudes literarias, la antropomorfizan, es la mujer amada y odiada, la nombran y se convierte en el personaje por antonomasia de sus poemas y, en el caso de Jorge Ibargüengoitia, de los artículos periodísticos. Otro elemento en común que reúnen estos literatos es su procedencia: nacen en Guanajuato.

El objetivo de este artículo es mostrar la visión de la Ciudad de México que nos ofrecen

ambos escritores. En sus construcciones literarias nos presentan las monstruosidades de una ciudad que crece a pasos acelerados y consume gran parte de los espacios. Son espectadores de la transformación de la ciudad, su mirada nos revela el proceso de transición de una sociedad rural a una sociedad urbana. Ese cambio sustancial determina los productos culturales de la época: ahora se trata de un mexicano nuevo, configurado por esa gran urbe que le impone preocupaciones y búsquedas nuevas.

## La Generación de Medio Siglo y su apasionamiento por la ciudad

Una generación literaria representa sucesión, cambio y ruptura. Nos da una idea de evolución o progreso, si se quiere ver desde una postura positivista. Para Octavio Paz, una generación literaria es: “un grupo de muchachos de la misma edad, nacidos en la misma clase y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones y los mismos intereses estéticos y morales” (11). Ortega y Gasset no difiere mucho de lo que propone Paz, sin embargo, agrega otra cosa: una generación la marca la huella de un acontecimiento histórico (Paz 12). En México en el siglo XX, según Enrique Krauze, se pueden identificar cuatro generaciones que dan vida a la intelectualidad del siglo: estas generaciones son la de 1915, la del 29 (Efraín Huerta, Octavio Paz y José Revueltas son los miembros más distinguidos de esta generación), la Generación de Medio Siglo (de la cual es parte Jaime Sabines, Carlos

Fuentes, Jorge Ibargüengoitia, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, Rosario Castellanos, entre otros) y la del 68 (127).

La Generación de Medio Siglo vive dos hechos que la marcan: sus integrantes son testigos de la bomba atómica, así como espectadores de las promesas no cumplidas de la Revolución mexicana. Este grupo adquiere conciencia política; sus miembros son adeptos a la Revolución Cubana y antiimperialistas; la bomba atómica los trastorna y por ello desarrollan escepticismo, incertidumbre y un sentido de fatalidad. La obra que determina la esencia artística y crítica de muchos integrantes es *El arco y la lira* de Octavio Paz<sup>1</sup>. Viven el proceso de crecimiento de la ciudad de México. La gran mayoría se vuelve cosmopolita: los historiadores —como Luis González y González— viajan a París a escuchar las lecciones de Braudel; los filósofos se dirigen al

<sup>1</sup>Respecto a esta libro Armando Pereira nos dice lo siguiente: “en 1956 se había publicado un libro de ensayos de Octavio Paz que fue esencial para todos ellos: *El arco y la lira*. En ese libro hay un capítulo en particular —“La revelación poética— en el que Paz analiza una serie de conceptos heredados del romanticismo y ligadas a la poesía —lo sagrado, la otra orilla, la parte nocturna del ser, la noción de cambio o metamorfosis, la otredad, la extrañeza, el vértigo, la revelación, el rito, la reconciliación— que ellos inmediatamente hicieron suyos extendiéndolos al cuento y a la novela, al grado de convertirlos en una especie de poética inicial del grupo”. Como se puede observar Octavio Paz se convertirá en una figura realmente influyente para estos jóvenes escritores (113).

aula donde imparte sus cursos Sartre; los literatos viajan por el mundo con ganas de conocer otras culturas, viven en las grandes urbes modernas: Nueva York y París principalmente –Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, Juan José Arreola, Jorge Ibarguengoitia y un miembro de la generación anterior, Octavio Paz, son los nombres que resaltan en este rubro (Krauze 146-154). Sin embargo, como en toda regla, hay excepciones, Jaime Sabines y Efraín Huerta son todo lo

contrario, ellos no son cosmopolitas, el primero encuentra un refugio en la hermética selva chiapaneca y el otro es un habitante común del DF.

Uno de los temas recurrentes de los escritores de esta generación es la ciudad, una Ciudad de México que, a partir de mediados de los cincuenta, comenzará su gran expansión. La ciudad que viven y descubren es la que describe magistralmente Carlos Fuentes en *Tiempo Mexicano*:

Recorriamos hasta la extinción una ciudad de violentas seducciones, fortunas rápidas, clase media en ascenso e inmigraciones campesinas. Era todavía la ciudad de Orozco y aún no la de Cuevas; un México de burdeles olorosos a desinfectante y, en el caso de la calle Aranda, a pescadería: allí oficiaba, antes de llevarlas a las páginas de *Farabeuf*, sus rituales sadistas Salvador Elizondo, quien además alquilaba un apartamento vampírico en un viejo palacio colonial de la calle de Tacuba; un México de cabaretuchos decorados con paredes plateadas, de ficheras, padrotes, y coyotes con sombreros texanos; una ciudad con el ritmo cobrizo del mambo y una antigua corte de los milagros en la calle de los Aztecas, donde los mendigos, ciegos y mutilados se reunían bajo las venerables arcadas de un convento expropiado; un mundo de brutalidad adormecida, ritos olvidados y perfume barato. Era un mundo definido por Diego Rivera y sus andamios, María Felix y sus pestañas, David Alfaro Siqueiros y sus pistolas de piroxilina, Dámaso Pérez Prado y su cara de foca, Tongolele y su mechón blanco, su diamante en el ombligo y sus uñas color rosa. (Fuentes 60-61)

Era una ciudad sucia, misteriosa y mágica. Es a partir de la ciudad descrita anteriormente que Carlos Fuentes crea su novela cumbre *La región más transparente*, la misma que lleva a José Emilio Pacheco a escribir las memorias del pequeño Carlitos en *Las batallas en el desierto*. Es esta ciudad la que Jorge Ibarguengoitia repudia y ataca en sus crónicas periodísticas, aquella en la que Jaime Sabines observa el oneroso peregrinar

de los muertos por las calles, que obstaculiza el tránsito de los automóviles, los enamorados y los tranvías. Efraín Huerta ve en la ciudad una mujer contradictoria donde cabe el amor y el odio, el erotismo y la frialdad, la desesperanza y la alegría, el aburrimiento y la diversión. En cada uno de estos escritores la ciudad pasa de una simple abstracción a personaje por antonomasia.

## Efraín Huerta y la ciudad como personaje

Huerta encontrará en la ciudad, en el metro y en las calles, su inspiración. En estos lugares habitan los personajes que cobran vida en sus creaciones. En palabras de Carlos Montemayor: “Efraín Huerta no es el poeta que canoniza al mundo o que lo canta con asombro: es el poeta que lo habita, que participa, que tiene su mortal reino en él.” Cada verso, por lo general, es una verdad dicha sin “encubrimientos poéticos” (Montemayor 13). Más que contar, el hombre mira, reconoce, por lo tanto, en las construcciones poéticas de Huerta se cotidianiza la poesía.

Para Octavio Paz, “el lugar que ocupa la vida urbana en la poesía de Huerta, es un rasgo que, al definirlo, lo define como un poeta plenamente moderno” (69). Para Paz, la modernidad en la literatura comienza con la poesía de la ciudad, como anota en las siguientes líneas:

A Efraín Huerta le tocó vivir el crecimiento de nuestra ciudad hasta, en menos de cuarenta años, verla convertida en lo que ahora es: una realidad que desafía la realidad... Con nosotros comienza, en México, la poesía de la ciudad moderna. En ese comienzo Efraín Huerta tuvo y tiene un sitio central. (Paz 69-70)

¿Dónde reside la mayor fuerza de este poeta? Sin temor a equivocarme, en su acercamiento a la ciudad. Su vocación urbana se abre paso entre los arrabales, las vecindades, las avenidas y los edificios. El tema lo trata por primera vez en el poemario: *Los hombres del alba*. Según Carlos Montemayor: “en este libro las palabras por vez primera son cotidianas y concretas; sus imágenes no son malabarismos, juegos intelectuales o alardes poéticos; son imágenes recogidas del mundo,

de las calles, de los bares, de la realidad” (Montemayor 15-16). En este poemario aparecen cuatro poemas que resumen todo eso: “La muchacha ebria”, “Declaración de odio”, “Declaración de amor” y “Los hombres del alba”.

“La muchacha ebria” es el canto de un bohemio que disfruta de la compañía de la noche, del alcohol y de lo que para él son las delicias de la vida; es también el llanto de un hombre al que le duele “la muchacha que se embriaga sin tedio ni pesadumbre” (Huerta 60), que se da a la promiscuidad y al deseo, que entrega su corazón derretido noche con noche. Le duele la mujer de pensamientos muertos, torpes arrebatos de ternura; la muchacha de pecho suave como mejilla con fiebre, la de los brazos y las piernas tatuadas. Mujer que representa un tierno recuerdo:

Ah la muchacha ebria, la muchacha del sonreír estúpido  
y la generosidad en la punta de los dedos,  
la muchacha de la confiada, inefable ternura para  
un hombre,  
como yo, escapado apenas de la noche amorosa.  
¡Por la muchacha ebria, amigos míos!  
(Huerta 60-61)

“Los hombres del alba” es el canto, las letras que Efraín Huerta le dedica a los hombres que habitan en lo más hondo de la ciudad, en el seno del río más oscuro; esos seres tatuados, con ojos como brillantes; los que guardan en sus adentros odio e insomnio; los que en vez de corazón tienen un perro enloquecido. Estos hombres son los “bandidos con la barba crecida, los maricas, los violadores, los profesionales del desprecio, los-

del aguardiente en las arterias, los hombres más abandonados, más locos, más valientes...” (Huerta 57). A esos caídos de sueño y de esperanzas, a esos hombres del alba, fugitivos del día, amantes de la noche, que son producto de los problemas de las ciudades modernas. Ergo, el poema se construye de esas escorias, de la basura, de ese reducto en lo que muchos hombres acaban; en este sentido concuerdo con lo que dice Carlos Montemayor: “en el poema “Los hombres del alba” la ciudad se entiende como un encuentro de tristeza y algarabía (Montemayor 17)”.

Efraín Huerta convierte la ciudad en su per-

sonaje más emblemático. La ciudad se vuelve una mujer realmente hermosa, pero también, terriblemente compleja y contradictoria. En “Declaración de odio” –quizá su poema más conocido– se combate a la decadente ciudad: es un grito de dolor, de desesperanza, es un sentirse atrapado en ese lugar de árboles difuntos, en “esa negra ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro, de acero, sangre, y apagado sudor” (Huerta 48), la ciudad de mujeres asnas y hombres vacíos; ese hervidero de envidias, de virtudes deshechas. Efraín Huerta odia irremediabilmente a la ciudad que cada día es más inmensa:

*Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros, la miseria y los homosexuales, las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas, los rezos y las oraciones de los cristianos. Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo son el alimento diario... Te declaramos nuestro odio. A ti, a tus tristes y vulgarísimos burgueses, a tus chicas de aire, caramelos y films americanos, a tus juventudes ice cream rellenas de basura, a tus desenfadados homosexuales que devastan las escuelas, la plaza Garibaldi, la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán... (Huerta 48-49)*

Huerta comprende la ciudad como un gesto de lucha, un grito de protesta, de vergüenza y odio. Sin embargo, también la ama, aunque ello implique convertirse en participante de un combate diametralmente opuesto. Por ello, sostiene Montemayor, “en “Declaración de amor” cabe la ternura y la muerte, la posibilidad de sentir que un hombre caminando en las calles es todos los hombres, que la muerte o la basura es nuestra hambre y nuestra miseria” (Montemayor 16).

Huerta, en palabras de Paz, fue ante todo un poeta lírico, sus mejores obras son sus poemas de amor y de aquellos que se ocupan de las emociones y los sentimientos que acompañan al amor, como la sensualidad, la tristeza, los celos, los remordimientos, la melancolía y el júbilo: “La ciudad fue para él historia, política, alabanza, imprecación, farsa, comedia, drama, picardía, y otros muchos casos más, pero, sobre todo, fue el lugar del encuentro y del desencuentro” (71).

## Jorge Ibargüengoitia y el repudio a la ciudad

Jorge Ibargüengoitia es un crítico de la ciudad. En los artículos periodísticos que se recopilan en libro *La casa de usted y otros viajes*, el escritor guanajuatense, fiel a su estilo irónico, denuncia las inconformidades de un habitante común del Distrito Federal. Para entender el papel que juega la ciudad, hay que pensarla como una urbe donde cada acción es contraproducente, la fealdad lo domina todo y la estupidez es el signo inequívoco de ser auténtico capitalino.

Para ejemplificar la estupidez como signo inequívoco del capitalino, en un artículo llamado *El coche de los asesinos*, el guanajuatense denuncia la incapacidad de los gobiernos para resolver los problemas esenciales, además menciona la mala planificación urbana de la ciudad más importante de México:

Diariamente, cada mexicano sale de su casa, viaja catorce kilómetros en una ciudad reumática, utilizando un camión o un coche, trabaja ocho horas, viaja otros catorce kilómetros de regreso, llega a su casa de humor negro, se encuentra con que su mujer quiere ir al cine y viaja otros ocho kilómetros para llegar al más cercano. Este trajín en el caso improbable de que la película sea buena, resulta agotador. El desgaste producido en las condiciones propias de la gran ciudad y por lo ilógico de la distribución de habitaciones y trabajos, se eleva en la décima potencia, debido a la siguiente circunstancia: los conductores de vehículos de la ciudad de México son, todos sin excepción, homicidas. Lo son en potencia o en acto; por imbecilidad, incapacidad, distracción, vocación, talento adquirido o necesidad. (Ibargüengoitia 102)

Existen más ejemplos de este tipo en las crónicas del escritor guanajuatense. Por lo tanto, la ciudad que nos retrata Jorge Ibargüengoitia es caótica. Las autoridades lo han dispuesto de esa manera por incompetencia, por corrupción, por la mala planificación y la nula perspectiva hacia el futuro. Penosamente así lo muestran los artículos periodísticos de Ibargüengoitia.

El caos es un elemento común de las ciudades en vía de desarrollo y de modernización. La ciudad de México vive este proceso desde mediados de la década de los cuarenta, hasta nuestros días. Así lo aprecia en 1976 Jorge Ibargüengoitia cuando escribe lo siguiente:

En treinta años han pasado tres cosas: la población del D.F. aumento más rápido de lo que nadie se había imaginado, el gobierno siguió durante varios años una estrategia de descentralización que en vez de resolver los problemas urbanos los ha multiplicado —el habitante medio de la ciudad recorre el triple o el cuádruple de la distancia que recorría hace treinta años para “cumplir con sus obligaciones”— y, por último, se creó entre los miembros de la clase media una apetencia de movilidad que hace indispensable la posesión de un coche. Estos tres factores han transformado a la ciudad y la han convertido en esta cosa que vemos con horror cuando entramos en el valle de México: una mancha negra. Cuando estamos en ella y salimos a la calle es un caos. O bien llegamos a la esquina y no podemos cruzar por que hay un torrente de coches, o bien vamos en coche y no podemos pasar porque hay embotellamiento. El problema es muy serio y nos afecta a todos. Somos prisioneros de la ciudad y urge poner todo lo que esté de nuestra parte para hacerla habitable (Ibargüengoitia 117-118).

Ante posibles salidas utópicas, el desastre, como elemento condicionante, se interpone. A Ibargüengoitia no le interesa plantear soluciones, encuentra en el desastre, en el caos, los elementos que hacen interesante a la ciudad, a esa gran mancha negra que crece a pasados agigantados y absorbe los espacios que se van interponiendo en frente de ella.

Es como el caso de la señora que tuvo un hijo muy grandote. Todas las amigas de la señora — nos cuenta Ibargüengoitia— le decían:

--¡Ay qué niño tan grandote!  
Y pasó el tiempo, y le preguntaban:  
--¿Cómo está el niño?  
Ella contestaba muy orgullosa:  
--Pues crece y crece...  
Hasta que el niño, de año y medio de edad, llegó a medir 2:85. Ya nadie le preguntaba a la madre por su hijo, ni a ella le daban ganas de contar que seguía creciendo... Y nadie habló del niño, hasta que éste se comió a la criada, y alguien tuvo el valor de decirle a la madre:  
--Oye, llévalo al médico (Ibargüengoitia 96).

De manera magistral, Ibargüengoitia explica con esta anécdota lo que ha pasado con todas las ciudades. Él entiende que en un periodo de treinta años las ciudades pasaron de objeto de orgullo y exaltación, a pacientes de terapia intensiva con enfermedades incurables.

Para probar el punto de la fealdad como calificativo constante de la gran ciudad, Jorge Ibargüengoitia habla sobre la impresión visual que tiene uno al llegar al valle de México. En esta crónica el guanajuatense hace mención a las casas que se expanden a las orillas de la carretera, él sabe que en la zona oriente y norte es donde se van a concentrar las grandes masas populares y

los sectores de bajos recursos.

Dice Jorge Ibargüengoitia:

La primera impresión que tiene uno al llegar a la ciudad de México, es que no existe. Quiero decir que pasa uno un tiempo antes de que uno se dé cuenta de lo que ha estado viendo a las orillas de la carretera son casas. Aunque el resultado es el mismo, la impresión varía según el punto cardinal por el que esté uno aproximándose a la ciudad. Si llega uno por el sur, parece que lo que uno está viendo son formaciones geológicas; si es por el poniente, parece que son objetos ornamentales, parecidos a unas casas, que han sido puestas allí con la intención de engañar a un posible invasor y hacerle creer que allí hay casas; por el norte, las casas parecen montones de salitre. Pero es una impresión momentánea. Al cabo de unos cuantos kilómetros, empiezan a aparecer las primeras loncherías, los puestos de tacos y las vulcanizadoras; entonces comprende uno que ha llegado a la ciudad de México. (Ibargüengoitia 99)

¿Dónde quedó la majestuosa “Ciudad de los Palacios”? Para Ibargüengoitia esa ciudad ya no existe, se ha quedado en el pasado. Ahora lo que cuenta es la nueva configuración. Hay que describirla y mostrarla como es: esa expansión indiscriminada de una ciudad hacia todos los puntos cardinales, donde reinan los puestos de tacos y quesadillas, las vulcanizadoras y las loncherías.

Otro elemento para probar el juego de la fealdad en el mundo ibargüengoitiano, es el impacto visual que se presentó con la apertura del Periférico, en el periodo gubernamental de Ernesto P. Uruchurtu, conocido como “Regente de Hierro”:

Abrió la ciudad como un cirujano. Los primeros recorridos del Periférico lo dejaban a uno con los pelos de punta. No sabíamos que vivíamos en un lugar tan feo. Barrios que durante siglos habían estado ocultos para todos menos para los que vivían allí, se presentaron en toda su miseria a los que iban paseando en sus coches. Recuerdo también que la gente creía —equivocadamente— que una vez que miradas civilizadas se posaran en aquella mugre, ésta iba a desaparecer y a convertirse en edificios lujosos. Nadie se imaginaba que el Periférico en sí iba a ser fuente de infección. (Ibargüengoitia 152-153)

Así con la modernización aparecen viejos fantasmas, esta otra parte que puede llamarse: los miserables, los distintos y ocultos, los que estaban tan distantes, la otredad. Ellos que nos recuerdan siempre los agravios y las injusticias. El Periférico acercó y mostró a los capitalinos la otra realidad que México ya no podía esconder. Comprueba como la ciudad se transforma vertiginosamente hasta volverse caótica e inaccesible, ajena e inhumana. Al final, Jorge Ibargüengoitia alerta de la catástrofe que ahora es una realidad.

## Reflexiones finales

Los miembros de la Generación de Medio Siglo no sólo compartían una misma voluntad de escribir, sino también una concepción semejante de la literatura. Además de esto, los integrantes del grupo ejercieron una decidida vocación crítica, que los llevaría a cuestionar la cultura nacional en todos los aspectos. Vemos en Jorge Ibargüengoitia, ese afán crítico con la ciudad.

Los testimonios literarios de Jorge Ibargüengoitia y Efraín Huerta son importantes, porque reflejan aspectos de la ciudad que siempre han existido y casi nunca son nombrados. Podemos decir que ambos escritores son los peatones que atestiguan la destrucción de la ciudad. Su mirada, no es la que proviene del círculo del poder, es la del habitante común. En sus escritos muestran la importancia de la ciudad como entorno y personaje en su reflexión sobre lo cotidiano.

Para estos escritores la ciudad es un lugar conflictivo y contradictorio, de ahí que la encuen-

tren atractiva: es donde habitan seres ocultos y miserables, como esos hombres del alba —de los que habla Efraín Huerta— que se refugian en las sombras del Distrito Federal, o esos falsos burgueses, o esa clase media que finge ser algo que no es. De forma similar, Jorge Ibargüengoitia es el peatón que comprueba como la ciudad se transforma vertiginosamente hasta volverse caótica e inaccesible, ajena e inhumana, alerta de la catástrofe que se avecina. Ambos exhiben lo ridículo del progreso y la vida moderna.

Al final, Efraín Huerta y Jorge Ibargüengoitia son el eco de la calle: habitantes comunes de burdeles, cantinas, banquetas, camiones, hospitales, etc. En suma, en estos escritores encontramos la voz cotidiana que refleja el pensamiento de muchos, el pensamiento de todos, aquel que nos lleva a decir frente a los acontecimientos propios de lo humano: “yo no lo sé de cierto, lo supongo.”



## Bibliografía

Carlos Fuentes. *Tiempo Mexicano*. México: Joaquín Mortiz, 1978.

Efraín Huerta. *Los hombres del alba*. México: Joaquín Mortiz- Planeta, CONACULTA, 2002.

Jorge Ibarguengoitia. *La casa de usted y otros viajes*. México: Joaquín Mortiz, 1991.

Armando Pereira y Claudia Albarrán. *Narradores mexicanos en transición de medio siglo: 1947-1968*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

Enrique Krauze. *Caras de la historia*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983.

Carlos Montemayor. en Efraín Huerta, *Antología poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Paz, Octavio. *México en la obra de Octavio Paz. Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.